

EL HOMBRE AUTENTICO

Un lector me pregunta si la meta del ser humano no es ser un hombre auténtico. Al comentar un artículo mío, con comprensión bienintencionada, plantea el problema —de tantas consecuencias históricas y sociales para el hombre— de si lo moral no estará definitivamente en la autenticidad.

Y si echamos una ojeada a la Historia o a la sociedad contemporánea, vemos, entre tantos hombres y mujeres religiosos, los peores ejemplos de inconsecuencia y de inautenticidad; hora es entonces de preguntarnos por lo que me plantea este lector.

Ciertamente, en la línea de mi pensamiento hay una evidente vertiente favorable a concebir al hombre así, como lo hace mi lector. Pero con una distinción que creo decisiva: el hombre auténtico es sólo un paso de camino hacia el hombre moral, y no su definitivo modelo.

Cuando en España —y a todos los niveles— se habla de la función de dirección de algunos de sus responsables, inmediatamente salta a relucir el asunto Matesa; y cuando se menciona a la Iglesia del país, se recuerda el conservadurismo, que se considera como bien poco conciliar, de su alto clero.

Y los juicios menudean en un sentido o en otro: desde quien todo lo pone en la buena voluntad de los dirigentes, terrenos o espirituales, hasta el de quien condena moralmente y sin apelación a unos y otros cuando no aciertan.

Me recuerda esta polémica a la antigua discusión —vieja de siglos— sobre si lo primero es la intención o el acto objetivo, si debe ser calificado un acto moral que realizamos principalmente por la conciencia personal o por la ley moral objetiva.

Sin embargo, creo que esta manera de enfocar la cuestión, yéndose de un extremo a otro, es equivocada: el punto está en otro sitio. El problema no está en elegir entre una y otra actitud, sino integrarla cada una en su lugar.

No se desea ante todo que un gobernante, un director de una asociación o sociedad o un pastor espiritual sean irreprochables en su buena fe. Lo que deseamos es que su función directiva sea acertada, que dé cauce positivo a su labor y ésta se plasme en algo que sea beneficioso para la sociedad del país.

Lo decisivo no es el individuo y su moral íntima; lo es solamente su grado de eficacia constructiva al valorar la labor realizada por el hombre de que se trate.

Dios —para el creyente— tiene en cuenta la buena fe personal a la hora de juzgar al hombre, pero sabe cuánto daño pueden haber hecho, a la marcha de la Humanidad y de la religión, multitud de hombres de buena fe.

Torquemada —el terrible inquisidor— pudo ser históricamente un hombre de buena fe, un hombre auténtico con su propia y errónea convicción personal. Lo mismo que los teólogos contradictorios de Galileo pudieron obrar con buena intención.

Pero no dejan de haber sido —unos y otros— una profunda rémora para la marcha del pensamiento humano y de la sociedad civilizada.

Cuando nuestros obispos —en forma casi general— mostraron, durante todo el siglo XIX y XX, esa inclinación a combatir toda libertad religiosa, sin duda procedieron con buena intención. Pero esa fue una de las principales causas del atraso rutinario de nuestro catolicismo, que no puso en primer lugar la máxima bíblica «no hagas a los demás lo que no quieras para ti». Pusieron por encima de todo el derecho a su verdad, a la que ellos equivocadamente se aferraban, como si fuese expresión de Dios; y no tuvieron en

cuenta que de Dios viene ante todo el principio cristiano de la convivencia y de la mutua comprensión.

Hoy, si es que se encuentra error en alguno de nuestros dirigentes —profanos o religiosos—, se invoca en seguida su buena intención. La misma que defendieron los hombres laicos de ayer como si fuese un hallazgo del filósofo Kant —que llamaba buena intención a otra cosa muy distinta— y que hoy los hombres religiosos propugnan como si fuese una conquista de los teólogos de la moral de situación (la moral, dicen éstos, es lo que yo considero subjetivamente, en mi situación concreta, que lo es, sin apelación a nada exterior a mi mismo).

Pero la buena intención libra ciertamente de condenación a quien la tiene y sustenta, pero no lo hace por eso moral. Porque la moral tiene que ver con la marcha positiva de la Humanidad y no con mis personales inquietudes de salvación egocéntrica.

Lo ético no se constituye por la suma de una serie de atomizadas y contradictorias buenas voluntades individuales, sino por la confluencia de todos, o gran parte, en una marcha constructiva para el ser humano.

Y, sin embargo, sería lamentable que esto fuese sólo el resultado de una postura automatizada, inhumana también, aunque lo fuese por razón muy distinta.

No debemos ser los terribles hombres puritanos de la fría ley moral, identificada siempre con nuestras personales ideas, porque esa ley moral no puede ser unas tablas sin corazón, puestas como barrera exterior a los excesos del ser humano. Es otra cosa: la ley moral es algo dinámico y transformador que va en el sentido de la evolución biológica y cultural del hombre.

Por eso la antinomia entre hombre auténtico y ley moral dictada por los hombres, aunque sea bajo el signo de Dios, es falsa. Lo verdadero es el hombre y su desarrollo; y eso se va descubriendo, paso a paso, a través de la Historia y de la ciencia y no con las elucubraciones metafísicas o religiosas de hombres de laboratorio puramente especulativos. La reflexión es necesaria, ciertamente, pero en conexión con la vida. La acción y la idea tienen que estar implicadas en eso que se llama la praxis. Y de esta praxis saldrá lo moral, pero no de ningún subjetivismo individualista ni tampoco de un objetivismo exteriorista (al fin y al cabo, producto subjetivo de los hombres).

Para llegar a lo moral hace falta un poco menos de religión abstracta y un poco más de antropología humana. Y este conocimiento científico del hombre y de sus actividades (economía, sociología, psicología...) debe ser asimilado, personal y vivencialmente, para constituir lo moral en el ser humano: lo que es constructor de una nueva y mejor sociedad del futuro, que no sea ni la sociedad material del consumo que hoy vemos en Occidente, a través de la engañosa palabra democracia, ni la puramente disciplinaria e inhumana, que es tentación posible de los países burgueses en crisis, como resulta ser el neo-fascismo. Sino un socialismo humano, espontáneo y científicamente estructurado, que dé un paso verdaderamente adelante hacia la paz, la libertad, la cultura y la convivencia humanas en nuestro mundo.

Sin autenticidad no se llega a ser moral, por cumplidor que se sea de la moralidad exterior, tal como la enseñaron los hombres religiosos o no religiosos. Y con la autenticidad sólo no se construye nada más que un idealismo, utópico o evasivista, pero no constructor de una civilización más humana. Ambas tienen que estar integradas en una praxis humana, que no olvide ni la ciencia ni la experiencia personal.

MIRET MAGDALENA